

una media participación en el producto, mucho y muy buen ojo abriría en escudriñamiento de todas aquellas cosas reales, tan en armonía y consonancia con sus interiores y callados y personalísimos proyectos. Por aquello de que un ideal apercebido y preparado para su realización se cumple á despecho de todos los obstáculos, tantas concesiones, tantos planes, cédulas de tan diversos orígenes y caracteres, iban allanando las vías del descubridor y poniendo, como en los celajes del mar fantaseadas islas, en los celajes del pensamiento y del espíritu seguras promesas. Así, un Diego de Tiene anduvo ciento cincuenta leguas al oeste de Fagal, topando á la vuelta con una isla, que llamó de las Flores, y luego, recalando en la verde y hermosa Erín de los celtas, ó sea en Irlanda. Harrise, tan diligente de suyo en estas investigaciones, tan exacto y hasta prolijo en certificarlas, reconoce que no hay razón para creer en la existencia del señor Tiene, y lo sentado respecto de él no es, en suma, otra cosa que lo sabido respecto del verdadero descubridor de la isla de Flores, que se llama Teire. Todo esto conduce muy lógica y muy seguramente á ir entendiendo cómo se va despertando en el alma de Colón poco á poco una certidumbre tal de su proyecto, que raya en la evidencia, prestándole una seguridad en su cumplimiento, que no le desconcierta ni en los desdenes de Portugal, ni en las reprobaciones de Córdoba, ni en el sepulcro de la Rábida donde parecía enterrarse vivo con su pobreza y su desesperación, ni en la fuga de Santa Fe desahuciado, ni en los obstáculos al aparejo de las naves, ni en los terrores de la tripulación, porque aquel hallazgo milagroso en el espacio no era ninguna otra cosa, en suma, sino una objetivación de la idea que llevaba en el espíritu.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de recordar todos aquellos que aspiran á una competencia con Colón en el descubrimiento y que toman el título y nombre común de precursores. Las expediciones más frustradas y equívocas se han elevado á rayos de alba prometiendo el nuevo sol revelador de una nueva

creación. Pretensiones al descubrimiento de Venecia, pretensiones de Normandía, pretensiones de Noruega ó Escandinavia, pretensiones de la vieja Escocia, pretensiones también de Inglaterra, de Irlanda, de Polonia, que no hemos todavía mencionado. Corrían los años en que nuestro descubridor más pugnaba por la reivindicación de provechos y títulos así como por el recabamiento de carabelas y medios indispensables á una empresa, la cual veía él realizada en sus cálculos de matemático y en sus presentimientos de adivino. El mayor nauta de Inglaterra entonces, Tomás Lloyd, había zarpado de Bristol en velera y bien dirigida barca con propósito de explorar y recorrer el occidente de Irlanda, donde le habían asegurado existir oculta é ignorada, pero espaciosa é importante isla. Nueve meses anduvo de un lado para otro, como si fuera, no ya mareante, verdadero pez; pero nada pudo invenir, y tuvo que retirarse al azote de una tempestad, cuyas ráfagas amenazaban sumergirlo y destrozarlo en lo profundo. Esto, contenido en manuscritos de la Biblioteca de Cambridge y publicado por la diligencia de investigadores y sabios americanistas en el cuerpo de sus libros, ó en las notas, ha bastado para que le hayan salido al viaje de Colón otros anteriores ó coincidentes, los cuales hubieran sido á la verdad olvidados, si la fortuna del descubridor no los pone de relieve y de bulto en la humana historia. Para comprender hasta dónde se ha llevado el deseo de dar importancia y renombre á cualquier tentativa de invención y descubrimiento, baste recordar la existencia de una, generalmente atribuída en los libros al esfuerzo de un piloto polonés, quizás creado por una equivocación de nombres en Gómara. Mas, ¿quién puede, por ejemplo, negar que los marineros de la costa cantábrica trabajaban de antiguo en grandes y audaces pescas del bacalao y de la ballena? ¿Quién puede negar que para conseguir tal pesca necesitaban los cántabros y vascones mareantes acostarse á las aguas boreales del Nuevo Mundo fronteras en la inmensidad del mar con sus aguas? Dominando los balleneros de las playas polares el mar glacial eu-

ropeo, habían por fuerza de ir nuestros marinos del Norte al mar glacial americano. Las ordenanzas marítimas y los fueros municipales de San Sebastián, dados en pleno siglo duodécimo; las armas de tantos pueblos costeros, blasonadas con arpones; varias cartas del Rey Santo á estos pueblos marinos, demuestran con probanza irrefragable que la pesca de los grandes cetáceos y del gustoso bacalao constituía una especie de universal oficio en aquellos apartados siglos. Y no solamente pescaban la ballena: ejercían todas las industrias provenientes de tal pesca, como las boquinas ó barbas del cetáceo, conmemoradas en pactos de tregua pertenecientes al siglo décimocuarto, y convenidos con los pueblos marítimos á ellos cercanos de Inglaterra y Francia. Así, vascongados eran muchos de los tripulantes que acompañaron á Juan de Bethencourt en el descubrimiento de las Canarias, cuya conquista llevaron á término, según Henao en sus *Antigüedades de Cantabria*, un cántabro como Alonso de Múgica, en compañía de un andaluz como Pedro de Vera. Así, no es mucho que generalmente se crea por todas las provincias vascas motivo determinante del arresto de Colón á penetrar en el Océano tenebroso las noticias comunicadas en Madera por la tripulación de un barco vizcaíno, á quien las corrientes y las brisas arrastraron en espacios oceánicos, donde pudo, de manera confusa, pero certísima, husmear la existencia de un grande y numeroso archipiélago hacia Occidente. Así, por lo menos, dos escritores como Solorzano, en sus *Tratados de las leyes de Indias*, y Garibay, en su *Historia de España*, lo aseguran, merced á indicaciones más ó menos claras del historiador Oviedo. Al siglo décimocuarto elevan los conocedores de las letras vascuences el conocimiento en todas aquellas costas del banco de Terranova, donde se produce con tan grande abundancia el bacalao; y á uno de los suyos, á Echaide, atribuyen la fundación de una colonia pescadora conocida con el nombre de Echaide-Portu, cuyos hechos gloriosos de consuno certifican así las tradiciones constantes como las cédulas múltiples de Carlos I

y Felipe II, fundadas en la certeza y legitimidad de tal invención.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de recoger cuantas pretensiones pululan por todas partes requiriendo la prelación en el hecho y la coincidencia con el hecho de Colón, alrededor de quien gravitarán siempre todas las grandes invenciones de mundos nuevos como gravitan alrededor del mismo foco todos los planetas de nuestro sistema solar. Pero bien pueden reducirse á tres grupos capitalísimos el conjunto de los varios hechos prácticos, recogidos por la vista ó por el estudio de Colón, y que sucedieron ya cerca, ya lejos de su persona, dejando indicios numerosos en el tiempo y en el espacio. Forman un grupo los hechos relacionados con la historia de Génova; forman otro grupo los hechos relacionados con la historia de Portugal; forman otro grupo los hechos relacionados con la historia de Huelva. En Génova existían, desde fines del siglo décimotercio, no ya tradiciones, muchas y muy copiosas noticias, relativas á una expedición de los Vivaldis, que armaron buques y anduvieron largo en busca y requerimiento de tierras ocultas por el Océano infinito, atravesando el gaditano Estrecho y requiriendo las Indias, no por medio de aquellas correrías costeras y antiguas navegaciones de cabotaje, por medio de una empresa importante, á la cual debe llamársele con el superior nombre de trasatlántica. Pero, aunque someramente, necesitamos detenernos aquí para dar una clave de todo lo sucedido á este respecto, y esclarecerlo con datos muy brevemente recordados, pero por todo extremo instructivos. Quien más ha removido esta expedición es el historiador genovés, coetáneo de Colón, sumamente maltratado por el hijo de éste y por el obispo Las Casas, Giustiniani. Pero alteraban la verdad los polemistas del Renacimiento con tal desembarazo, que Giustiniani encontró en los relatos de aquella época aserción patentísima de que los Vivaldis buscaban las Indias por Poniente. Llegaron á la región de Gazola, cerca del Cabo Non, después de haber atravesado Gibraltar; estuvieron en el Senegal; pero nada indica lo afirmado por Giustiniani, y todo

prueba lo contrario, la marcha por el Levante Atlántico y la ninguna relación de tal viaje con los proyectos colombinos. Sin embargo, ¿quién puede negar que llevó Colón á Portugal noticias de Génova y recuerdos y tradiciones? Las islas portuguesas y su metrópoli, verdadero emporio entonces, Lisboa, dieron á Colón también el tesoro de muchas y reveladoras experiencias. Por eso forma otro grupo en la nebulosa de ideas, que brillan vagamente y con resplandores místicos en torno de la persona del gran descubridor y que centellean en los comienzos de su plan ó proyecto de modo misteriosísimo. La expedición de dos carabelas hacia Oeste, dirigidas por un caballero alemán, en quien creen ver muchos al célebre Behaim, geógrafo tan excepcional que orna con Toscanelli el prólogo de la epopeya colombina, ¿cuándo fué, cuándo volvió y qué trajo? No se sabe nada. Hubo una expedición el año 30 ó 31 del siglo décimoquinto, cuando tanto trabajaba D. Enrique de Avis, y no era todavía nacido Colón, emprendida por Cabral; pero pasa con ella lo que pasa con la expedición referida por Giustiniani; tanto y tanto enemigo como el descubridor encuentra en su tiempo y en los posteriores tiempos atribuye á este viaje un fin más concreto del que tuvo y un camino sobrepuesto adrede y á sabiendas por venganzas póstumas, después del descubrimiento, al camino de Colón. Lo mismo sucede con el mapa mundi aportado á Lisboa por el infante D. Pedro de su viaje á Roma. Nadie lo ha visto.

Pero un cronista posterior á Colón dijo que había en él señaladas islas occidentales allende las Azores, en cuyo requerimiento salió Cabral por mandato de D. Enrique. Mas Cabral trajo las Hormigas que distan mucho de ser las Américas. Se daban en Portugal á porrillo entonces autorizaciones para la inquisición de islas más ó menos fantaseadas é ilusorias como la que dió Alonso V al infante D. Fernando. No se pueden humanamente referir las ilusiones que, con su fantasía, y alentados por su fortuna, los portugueses formulaban en sus demandas; y las Reales concesio-

nes, al impulso de tan múltiples demandas expedidas á sus súbditos por los Reyes. Á Vogado carta de concesión del Oro y la Capavia; también á Tavira carta de otra concesión dándole hacia el nordeste de las Canarias otra isla sin nombre que dice haber visto; á Gonzálvez investiduras de todas las islas que pudiera descubrir en el mar con tal que no vaya de ningún modo allende Cabo Verde; á muchos otros concesiones análogas, tras las cuales, ó bien hallaban algunos que otros territorios, ó bien se arruinaban y perdían todas sus propiedades, como Álvaro y Juan de Fuente; ó bien dejaban en los mapamundis, como manchas de luz ó de sombras, archipiélagos fantaseados, pero indicativos, como jalones, de las grandes líneas conducentes á milagrosos hallazgos. Pues bien; si forma Portugal un grupo importantísimo en los indicios reveladores del plan suyo á Colón, forma Huelva otro grupo de no menor importancia. Tierra toda de marinos, Huelva, toda en verdad, á ella pertenecía el buen Alonso Sánchez, que una referencia de Oviedo, considerada por el mismo historiador como novela, y una tardía pero firme aserción del inca Garcilaso, colocan, en sentir mío sin fundamento alguno, sobre la sublimada persona del Almirante, por deberle indicaciones y cartas y notas y noticias éste referentes á la invención de América, cuya luz le llevó á su viaje: cosa infundada y que sólo tira sin razón á despojar al glorificado de su gloria indisputable y eterna. Sino tuvo allí un derrotero exacto, muchas noticias tuvo en Huelva, todas confirmatorias de su portentoso descubrimiento. Grandísimo auxilio encontró en Juan Pérez, en Antonio Marchena, en Garci-Hernández el físico, en Prieto el Alcalde, y en los dos Pinzones. Allí estaba Pedro Velasco de Palos, que había corrido mucho por el occidente de Irlanda, y entonces un marino tuerto natural de la gaditana bahía que también iba soltando noticias muy curiosas. Allí su cuñado, Muliarte, muy ducho en cosas marinas y muy sabedor de todo cuanto entonces se sabía. Gentes de Huelva le habían dicho á Colón que vieran cañas flotantes, maderas talladas y hasta cadáveres de hombres rojos, muy diversos de los

européos y de los africanos y de los asiáticos y de todas las gentes en general conocidas entonces. Allí su concañado, Pedro Correa, que le dice Las Casas, afirmóle cómo en una de las cañas cogidas cuatrocientas cincuenta leguas al oeste del Cabo de San Vicente cabían dos azumbres de vino. Allí Pedro Velasco le contó las expediciones, á cuya vuelta se hallara la isla de las Flores. Allí Cazana le contaría sus navegaciones allende las Terceras. Por allí se originó el rumor, al buen Alonso Sánchez relativo, que muy por extenso cuenta el P. Las Casas sin mentar nombre tal en el capítulo xiv de sus *Historias*, rumor, según el que se afirmaba en todo occidente, desde algún tiempo antes del colombino viaje, la salida de una carabela con cargo para Flandes é Inglaterra, la cual carabela, trastornada por los huracanes, llegó á recalar en punto ignorado y misterioso, hasta volverse luego con cien hombres, muertos en el camino todos, sin quedar más que uno, el cual, llegado á Madera, y encontrándose con Colón, le refirió lo visto y le señaló con exactitud la desconocida ruta. El P. Las Casas añade que por Cuba encontró en su tiempo tradiciones referentes al abordó en Haiti, años antes que Colón, de unos hombres barbados y blancos, concluyendo luego con estas palabras: « Bien podemos pasar por esto y creerlo, ó dejarlo de creer. »

Las gentes que miran la Historia por su lado externo, superficial y brillante, creen despojado de mucho mérito á Colón, porque los estudios históricos y científicos presentan tales gradaciones sucesivas de ideas y hechos, haciendo de su presencia en el mundo y de su personalidad en la Historia como una especie de término dialéctico, necesario y necesariamente preparado por todo aquello que lo precede y lo apercibe, como si hubiera ninguna improvisación milagrosa en el humano trabajo. No conozco en el mundo, y no creo las haya en el tiempo habido jamás, obras universales aparecidas de súbito por los escenarios de la fama y de la gloria. Con dos siglos de anticipación un cambio de comunicaciones, á veces consiguientes á las

guerras mismas, engendran y producen el pensamiento de Alejandro y su maravilloso helenismo elevado á verdadera religión, la cual penetra por medio de Alejandría y los alejandrinos así en la Iglesia de los cristianos como en la Surade los árabes, así en la filosofía de los neo-platónicos, tan idealistas, como en la hermenéutica de los rabinos, tan consumados y expertos. Se necesita no haber saludado nunca el Derecho romano para ignorar cómo desde las rudimentarias Doce Tablas á una especie de cristianismo natural se levanta, ofreciendo á la legislación civil moderna como base inconvencible su jurisprudencia por las lentas sobreposiciones de la revelación del formulario hierático al plebeyo, por las protestas del tribuno, por los edictos del pretor, en fin por aquel estoicismo inconsciente ó consciente, á cuyo espíritu los Césares todos obedecían, desde los protervos como Nerón hasta los virtuosos como Mario Aurelio. Y lo mismo ha sucedido en ciencia, donde han brillado genios que parecen sublimes y solitarios. La filosofía, cuyo esplendor sublima en Atenas las dos cumbres del humano intelecto, llamadas Aristóteles y Platón, es una serie de sucesivas sobreposiciones, las cuales forman como una grande montaña, que tiene sus raíces en las profundidades últimas de lo más primitivo y rudimentario. Cuando Cristo apareció, estaba su venida por tal modo en todo cuanto sucedía y se aproximaba, que las puertas de los templos se abrían por sí solas y la voz de los oráculos, sin ser consultados, profería voces incoherentes anunciando la llegada del aguardado por las naciones; á quien conocían ya desde los pastores del portal de Belén hasta las estrellas mágicas de los cielos orientales. No se les puede quitar á las gentes del seso que recibió Séneca lecciones de San Pablo, pues les cuesta mucho trabajo comprender dijese principios consustancialmente idénticos dos genios, por tantos espacios y tantas ideas y tantas supersticiones apartados. ¿No es la mayor gloria científica del mundo la gloria de Newton? El gran matemático, ¿no aparece como uno de los reveladores del universo? Y sin embargo, ¿cuántos Bautistas han prepa-

rado su aparición en el mundo, y cuál serie larguísima de pensamientos ha sido necesario poner en línea para llegar hasta el punto culminantísimo de su idea! Fué necesario que la olvidada idea científica de Pitágoras reapareciese; que Copérnico pusiera la concepción del universo dimanada de nuestro entendimiento sobre la concepción del universo dimanada de nuestros sentidos; que mientras el planeta se movía sin haber alterado sensiblemente la inercia falsa y aparente suya, la humanidad renunciase á ser el punto de mira donde fijaban todos los astros sus celestiales retinas; que Ticcho-Brahe adivinara la refracción del fluido luminoso en los aires y supiera con ciencia superior á la ciencia de sus predecesores las variaciones del movimiento lunar y rectificara el catálogo de las estrellas hecho por Ptolomeo y señalara la inconsistencia de los cometas con la irregularidad de sus órbitas; que trastornase los espacios Keplero como pudiera un sacerdote de religión nueva transmutar antiguo empolvado templo y oyera la música de los mundos como los ángeles asistentes á la Creación y sospesara ya en su mano la gravedad cósmica y supiese la congruencia entre los fenómenos celestiales y los fenómenos terrestres hasta convertir el movimiento planetario circular antiguo en movimiento elíptico, poniendo al sol en el foco de todas las elipses; que Galileo metiera en lo infinito el primer lente astronómico y observara los montes de la luna y multiplicase las estrellas de las pléyades y convirtiera la vía láctea, incierta y nebulosa, en río de soles para, en el término de todo esto, una manzana desprendida de su ramaje sobre la cabeza de un hombre, revelase á éste la clave de toda la mecánica celeste y apareciese por ende como revelador sobrehumano del código de la gravitación universal. Que el maestro Jaime comunicara por medio del astrolabio los fenómenos celestes con los fenómenos oceánicos; y Behaim pusiera en sus globos, el año mismo de la invención americana, tierras al Occidente del Atlántico; y Toscanelli resucitase por los tiempos de Copérnico el concepto de la esfericidad del

planeta; y los comentaristas árabes de Aristóteles juzgasen cosa fácil topar con Levante por Poniente; y nautas como Alonso Sánchez hubiesen ido á la Española y vuelto á la Madera; todo ello no quita valor alguno á Colón y no empece para que sea en la revelación del planeta cual Moisés en la revelación del Padre, Platón en la revelación del Verbo, San Juan en la revelación del Espíritu, Rafael en la revelación del Arte, Copérnico en la revelación del cielo, Newton en la revelación del universo, uno de los redentores.

A pesar de que permanecerá en la Historia perpetuamente con tal carácter, no conozco ministerio histórico ninguno tan disputado y contradicho como el ministerio de Colón. Y no solamente se le regatea la originalidad de su plan y la copia de sus conocimientos; se le regatea la moral de su complexión heroica y hasta la copia de sus múltiples virtudes. Tras los quince años de porfía, los amargos sinsabores en Portugal sufridos, las repulsas de Córdoba, las asistencias al épico postrero combate con los moros granadinos, el entierro en los yermos de la Rábida, el pleito con los Reyes Católicos en Santa Fe, aquella fuga hipnóstica por la granadina vega, los esfuerzos de Palos para tripular sus concedidas carabelas, el arte de allegar sumas en circunstancias tan difíciles para una empresa tan fantástica, su tacto en la preparación, su ascendiente sobre los nautas perdidos en ignorado mar, su perseverancia rayana en monomaniaca pertinacia, todavía se le niega su paciencia estoica y se ponen reparos á su abnegación de mártir. Hay en esto algo de verdadera desgracia. Y creo yo esta desgracia no justificada por Colón y su temperamento y su obra, sino traída y provocada por sus historiadores. Excesos naturales de celo han dañado la causa misma que servían y puesto sombras en la frente del revelador incomparable. En la historia de Colón precisa consultar, ante todo y sobre todo, á Colón mismo. Dentro de sus escritos, de sus diarios, de sus cartas, de sus informes, de sus pedimentos, hay una incomparable autobiografía digna de ad-